

213 Cena hora europea

Esperanza y respuestas ante la incertidumbre

19 de febrero de 2015

ESPERANZA Y RESPUESTAS ANTE LA INCERTIDUMBRE

ÀMBITO MARÍA CORRAL

PONENTES

SERGI CORBELLA SANTOMÀ

Psicólogo clínico. Profesor titular de la FPCEE Blanquerna-URL

IGNASI FARRERES BOCHACA

Economista. Presidente del Centro de Estudios Económicos y Sociales

DAVID JOU MIRABENT

Catedrático de física de la UAB. Poeta

M^a VICTORIA MOLINS GOMILA

Teresiana

MODERADORA

ESTHER BORREGO LINARES

Trabajadora social

ESPERANZA Y RESPUESTAS ANTE LA INCERTIDUMBRE

ÀMBITO MARÍA CORRAL

Nos gusta la seguridad y de hecho, tenemos derecho a vivirla. La aparición de la incertidumbre parece como una nube inoportuna que nos desmonta un proyecto después de haber luchado mucho para que éste, llegara a buen puerto. Por ejemplo, imaginemos a un científico que investiga porque tiene la osadía de perseguir un resultado innovador y al que le surge el obstáculo de la incertidumbre que frena su avance, un avance que podría haber sido fantástico. La tecnología ha progresado gracias a los difíciles momentos de desencanto que han sido provocados por el debilitamiento del coraje por continuar adelante. Esto mismo lo podemos aplicar a cualquier relación humana o a cualquier realidad destinada a avanzar: política, religión, psicología, sociología, ecología, economía, etc.

La incertidumbre es aquella falta de seguridad en una realidad que conoces bastante bien y en la que cuentas además, con suficientes datos objetivos y subjetivos para los cuales, estás preparado. Se supone que emprendes este viaje desde la responsabilidad de cualquier tipo: científica, psicológica, social, moral..., pero tienes que contar con el riesgo de lo imprevisto y con unos resultados que no corresponden al proyecto que se había elaborado. Puede suceder algún hecho, por lo tanto, que suponga un toque de atención y remueva la humildad personal. La mayor parte de los cambios se inician a partir de unas hipótesis que se tienen que cuestionar, contrastar, comprobar y hacer evolucionar. Si no es así, la humanidad se empobrece, se queda exigua y se ahoga en un miedo inmovilista.

Somos conscientes de que en la actualidad se viven muchos momentos y situaciones que generan un alto nivel de incertidumbre: la pobreza, las desigualdades sociales, las injusticias y la indigencia provocada por diferentes causas; desde la de no disponer de un hogar para vivir o no tener un mínimo para alimentarse y vestirse hasta la de sentirse desvalido por la falta de reconocimiento, por las dificultades para encontrar un puesto de trabajo, por el hecho de estar en paro, la poca seguridad económica, enfermedades, accidentes, hechos inesperados... Conocemos bastante bien estas realidades porque sabemos de personas que las sufren y las viven en su propia piel.

Estas inquietudes pueden frustrar el sentido de la existencia y hacen vivir de una manera desorientada que no permite encontrar la paz y es por esto que vivimos con desazón e incomodidad por esa realidad que se impone. La persona es frágil y vulnerable y busca un mínimo de seguridad para sobrevivir en medio de tantas inseguridades.

El proceso racional y el emocional se encuentran tan unidos que el uno sin el otro no llegaría a ser del todo humano. Ambos exigen fortaleza para no detenerse en el proceso creativo que tiene que desplegar la persona responsable, aquella que debe actuar desde la concienciación de que uno es frágil. Por lo tanto, se tiene que reiniciar, repetir y reelaborar ese proceso para que tenga un sentido.

Ser conscientes de que pueden surgir incertidumbres da sentido a la existencia. No es un defecto que minimiza el sentido de la vida; todo lo contrario: ayuda a profundizar en la realidad. La vida nos pide expresar los recursos propios del ser, desde la serena confianza en uno mismo que a pesar de sentirse frágil y vulnerable, sigue haciendo una apuesta para continuar.

La incertidumbre nos empuja a dejar atrás el inmovilismo. El intento de avanzar es uno de los tesoros más grandes del crecimiento personal para salir de la comodidad y no empobrecer así ni la vida propia ni la de la sociedad. Esperanza, entusiasmo, fortaleza, solidaridad, generosidad, esfuerzo, paciencia, madurez, empatía, humildad, coraje, responsabilidad y corresponsabilidad pueden ser algunas de las actitudes humanas que contribuyan a hacernos superar cualquier tipo de incertidumbre.

SERGI CORBELLA SANTOMÀ

Psicólogo clínico. Profesor titular de la FPCEE Blanquerna-URL

Quiero agradecer al Àmbit Maria Corral la invitación a esta cena, puesto que es un placer para mí, poder formar parte de esta mesa con los diferentes ponentes, por su experiencia y porque soy también admirador de sus obras.

Cuando se me planteó participar en esta cena titulada «Esperanza y respuestas ante la incertidumbre» lo encontré altamente sugerente por los tiempos que corren. Yo lo enfocaré desde la psicología, planteando tres ideas o conceptos. No van de más importante a menos, pero sí que pienso que vale la pena tenerlos en cuenta cuando desde el conocimiento psicológico abordamos aspectos sobre todo relacionados con la incertidumbre. Lo abordaré desde las cuestiones más globales y sociales a otras de más interaccionales y personales. Empezaré con un primer punto sobre *la sociedad y la información*, puesto que afecta al aspecto más psicológico y después ofreceré un segundo punto sobre *el dolor y el sufrimiento*, y un tercero sobre el *aferramiento*. Quizás os preguntaréis por qué hablo de *aferramiento* cuando toca hablar de incertidumbre, pero intentaré ligarlo todo.

La sociedad y la información. Ya hace unos años que se dice que somos la sociedad de la información, pero es importante tenerlo muy en cuenta en un tiempo en qué todo cambia tan deprisa; de hecho, tenemos expertos, como Zygmunt Bauman, que nos hablan de la vida líquida y del ritmo frenético y vertiginoso que nos sujeta y que nos encierra a menudo. Toda esta visión sobre que las cosas pasan a un ritmo feroz también hace que los conocimientos avancen. Estamos sometidos a una gran cantidad de información y de conocimientos que van avanzando. Ahora pasan cosas que hace treinta o cincuenta años, no pasaban tan habitualmente; además, ahora hay también muchas cosas que caducan.

Recuerdo perfectamente un buen amigo mío que, dos años después de haber acabado la carrera de programador de informática, me dijo que todo lo que había estudiado durante aquellos años no le servía de nada. Había estado cuatro años estudiando una carrera para decir al acabarla que no le servía de nada todo lo que había estudiado. Queda claro, además, cuando uno piensa en las generaciones anteriores. Por ejemplo, mi abuelo era médico de pueblo y estoy convencido, que aquello que estudió en la carrera fue lo que le resultó útil para ejercer toda su vida; no necesitaba más. Claro que era muy buen médico y se iba actualizando, pero el caso es que no había una necesidad imperiosa de hacer una formación continuada, de un ir refrescando el conocimiento y la información para poder continuar sintiéndote útil, haciendo el que te toca hacer. Hoy en día esto no pasa, puesto que todo va a un ritmo tan frenético, que los conocimientos, como los yogures, caducan. Aquellos elementos que daban seguridad para saber hacia donde ir y que hacer ya no son así, y aquellos

conocimientos no te sirven para anticipar qué pasará mañana. Esto hace que a menudo aparezca la incomodidad y la incertidumbre.

Cuando no tengo referentes que me permitan anticipar escenarios de futuro es cuando surge la ansiedad. Hay un psicólogo americano, George Kelly, que ya en 1950 presentó una teoría muy interesante definiendo la ansiedad como la dificultad de anticipar el futuro. Y esto, en un momento en el cual la información y el conocimiento van a un ritmo tan frenético, en un momento en qué muchas de las cosas que creemos, que pensamos, que nos ayudan a orientarnos... Sabemos donde está el norte, el sur, el este y el oeste, pero cuando nos cambian esas coordenadas, cuando nos cambian el mapa, porque cambian los conocimientos, es cuando surge la dificultad de anticipar qué haré y hacia donde tendré que ir. Por lo tanto, esta pregunta se hace muy a menudo: ¿es la ansiedad, el trastorno de nuestro tiempo? Aquí se pelean psicólogos, psiquiatras, epidemiólogos, etc. Y se dice que no, que la prevalencia se ha mantenido, pero hay que decir también, que es cuando hablamos de trastornos de pánico y de ansiedad, que seguramente es así, pero que no nos equivocamos cuando afirmamos que en situaciones que cambian tan deprisa es muy fácil que se incremente la ansiedad; no diré trastornos de ansiedad, pero sí la ansiedad.

Es decir, los escenarios sociales actuales, las circunstancias del ritmo en que avanza todo ello, nos exponen a una situación nueva, con la cual históricamente no nos habíamos encontrado. En momentos de crisis concretos, evidentemente sí, y seguramente en momentos de cambios mucho más importantes, pero hoy que cambian las cosas a un ritmo tan frenético, en que, por ejemplo, hace cerca de quince años, por suerte, nadie se habría imaginado que las Torres Gemelas habrían caído; hace un año nadie se habría imaginado que la familia Pujol fuera imputada o acusada de lo que sea. Hace pocas semanas nadie se imaginaba que habría un atentado terrorista contra unas personas, tan de riesgo, como los son unos dibujantes de cómic y, en cambio, estas cosas pasan y son informaciones que tenemos que ir asimilando para ir volviendo a reajustar en donde están los riesgos, en donde se dan situaciones que nos permitan sentirnos en zonas de confort. En el ámbito social hay circunstancias que nos están pasando que nos fuerzan a convivir con elementos de incertidumbre constantes y vale la pena empezar a adaptarse porque esto seguramente irá para largo, porque es lo que conlleva ese adelanto frenético del conocimiento tal como se está dando.

El dolor y el sufrimiento. Este segundo punto comporta ciertos niveles de incertidumbre y creo que entra más en el aspecto psicológico personal. Hay autores muy interesantes, como Eric Cassell, que dice que el dolor y el sufrimiento no son lo mismo. A veces se emplean como sinónimos, pero no lo son. Es decir, uno puede experimentar dolor sin sufrimiento y uno puede sufrir sin dolor, y esta primera reflexión vale la pena matizarla. ¿Cuando experimenta

dolor, una persona? Cuando hay un dolor físico. ¿Cuando experimenta sufrimiento, una persona? Experimenta sufrimiento cuando hay unas señales o una sensación de amenaza a la integridad física o psicológica. Es decir, cuando percibimos que hay un riesgo, que hay algo que ya no podemos controlar y que puede comportar incomodidad: aquí se enciende el sufrimiento. Lo que genera este sufrimiento puede ser un dolor, porque, evidentemente, el dolor puede generar sufrimiento, pero no solamente el dolor, puesto que, de hecho, si rebobinamos e intentamos recordar situaciones de máximo sufrimiento, muy a menudo no lo atribuiremos a situaciones de dolor sino a situaciones de pérdida de personas queridas, sensaciones de máxima amenaza o de no saber como gestionar determinadas situaciones.

El sufrimiento, a menudo lo encontramos muy relacionado con esta sensación de no saber afrontar, de no saber abordar determinadas situaciones, no necesariamente vinculadas propiamente al dolor físico, sino al dolor psicológico. Con esto podemos dar un paso más para conocer el concepto del sufrimiento. Percibir un riesgo, una amenaza a la integridad de un mismo sumada a otro elemento. Aquí es cuando el sufrimiento se incrementa y no siento control, me siento incapaz de gestionar aquello. Es decir, cuando no sabemos qué hacer ante aquella situación, es cuando el sufrimiento se agudiza. Se me acaba de acudir un ejemplo, que no sé si sería lo más inteligente y que es una cosa absolutamente improbable. Imaginaos que ahora yo dije: «A alguien de nosotros esta cena que empiezan a servir se le indigestará». Fijaos que acabo de sembrar una duda, acabo de sembrar una incertidumbre, y si yo siembro la amenaza que a alguien se le indigestará, estoy convencido que muchos de vosotros empezareis a pensar: ¿de qué está hecho este plato? ¿Me sentará bien? Este aceite que trae, ¿de donde debe de ser? Es decir, automáticamente empezamos a cuestionarnos muchas cosas que no recomiendo de hacer ahora. El caso es que a la que empezamos un cuestionamiento porque se ha sembrado una incertidumbre y una duda, inmediatamente –y esto es intrínseco a la naturaleza humana–, empiezan a aparecer necesidades de control. Ante la amenaza que en este plato pueden haber puesto algo que puede hacer que no se me asiente del todo bien, necesito controlarlo de alguna manera: es buen saber de qué es hecho, este plato, si soy alérgico a algún ingrediente, y así la cabeza empieza a buscar las estrategias que me permitan controlar aquella amenaza.

Muy a menudo surgen las conductas de control cuando somos conscientes de las incertidumbres. Aquella persona que piense más en aquello que lo rodea y en las incertidumbres de las cosas, a menudo necesitará más buscar formas de control. El sufrimiento tiene un paso atrás para volver un paso adelante; el sufrimiento tiene esta amenaza por la integridad física o psicológica, sentimiento de amenaza y, al mismo tiempo, la voluntad de controlar y no poder. Cuando queremos controlar una cosa y no sabemos como hacerlo, aquí el sufrimiento se multiplica por diez o por mil, se incrementa potencialmente.

Llegados en este punto se hace evidente que todos tenemos una tendencia a actuar para intentar minimizar el sufrimiento. Cuando tenemos la incertidumbre, la duda, se nos activa la necesidad de control y ponemos a prueba todos los recursos que tenemos al alcance. A veces esta necesidad de control pasa para buscar el control de los otros. Quiero controlar el otro porque, como que tengo la incertidumbre de si me es fiel o no, tengo la incertidumbre sobre el que debe de pasar, yo creo que controlando aquel escenario, controlando la otra persona, esta incertidumbre será minimizada. Bien, cuando la incertidumbre acaba siendo intolerable y vivimos con unos niveles elevadísimos de incertidumbre porque damos muchas vueltas a la cabeza, suelen acabando surgiendo cuadros más obsesivos. Aquí entra el psicólogo clínico, que habla de obsesiones. Cuando uno no tolera la incertidumbre o los niveles en que me afecta la incertidumbre, me genera tan malestar y hacen que necesite controlarlo todo, aparecen unos aspectos de los cuales a menudo hablamos como pensamientos mágicos y que para otros muchos son conocidos como supersticiones. ¿Qué es la superstición, si no una forma de intentar hacer más digerible la incertidumbre? Sabemos que son cosas irracionales y que no tienen ningún sentido, pero tenemos el pensamiento mágico de que si seguimos ciertas pautas, las cosas irán mejor o al menos habremos hecho lo posible, para que todo vaya bien. Es decir, la superstición tiene esta base; ante un hecho que genera alta ansiedad por no saber qué pasará, una forma de poder hacer más tolerable la incertidumbre, es utilizar aquellos aspectos mágicos, que son las supersticiones. En los trastornos obsesivos y compulsivos, estos aspectos a veces son más que evidentes. Las supersticiones, el tocar madera o el tocar hierro que todos conocemos y a los que a menudo estamos abocados y decimos o practicamos, son como convenciones sociales y todos estamos de acuerdo en que funcionamos así, es algo ya socialmente aceptado. Cuando uno empieza a necesitar su bolígrafo de la suerte para afrontar aquel examen u oposición o necesita ponerse aquella americana ante aquel acto importante, cuando uno necesita hacer aquel ritual previo ante una situación importante o cuando uno, ante cualquier reto, necesita aquellas bases de seguridad que le permitan afrontar una nueva situación que genera un punto de inquietud y de incertidumbre, ¿cómo lo afrontamos? Pues intentando controlar, a veces irracionalmente, aquellos aspectos que nos dan seguridad.

El aferramiento. Este tercer punto es definido de forma coloquial el conjunto de conductas para mantener la proximidad con aquella o aquellas personas que nos dan seguridad. Imaginaos a un niño de dos o tres años que de repente oye un ruido extraño y enseguida va a cogerse de los pantalones del padre o la madre. ¿Qué es aquel gesto? Es un gesto de aferramiento y no por el hecho de cogerse, sino por el de aproximarse a aquella persona que uno siente que le da seguridad. Además, el aferramiento seguro, la sensación de tener una persona a quién recurrir, da más facilidad para explorar el escenario. Por eso, a

menudo aquellos niños o niñas que se sienten más queridos, que tienen un aferramiento más seguro, son más exploradores, se sienten más atrevidos para explorar porque saben que si les pasa algo habrá alguien que los apoyará. En cambio, aquellos niños que se sienten con más dificultades o no saben como gestionar esta situación de amenaza, de riesgo o de miedo, prefieren, por si acaso, quedarse cogidos a las faldas de la madre. El aferramiento da seguridad, nos hace sentir a gusto con las personas con quienes estamos y, al sentirnos a gusto, sabemos que nos podemos equivocar y que no por eso habrá una catástrofe, y sabemos que podemos compartir escenarios e incluso equivocarnos, sin que pase nada. Nos hace mucho más fácil de soportar resultados inciertos.

El aferramiento, pues, junto con el sentimiento de pertenencia y el compartir unos valores, unos principios, o el formar parte de una familia, de un colectivo, de una sociedad o de todo aquello que nos permita sentir que pertenecemos y que compartimos, nos da seguridad y confianza para afrontar la incertidumbre. Creencias, valores, cualquier cosa compartida hace que la esperanza pueda ser lúcida para gestionar mejor la incertidumbre.

Quiero acabar con la primera palabra que ha salido en esta cena, que es la esperanza, pero he querido hacer antes, todo este recorrido previo, para llegar al punto necesario: la esperanza no implicará anular la incertidumbre, sino, a menudo, convivir con la incertidumbre de la mejor manera posible.

I

IGNASI FARRERES BOCHACA

Economista. Presidente del Centro de Estudios Económicos y Sociales

Empezaré mi intervención de una forma algo atípica, puesto que cuando recibí la invitación a esta cena, me impuse un pequeño ejercicio de investigación en diferentes medios de comunicación: prensa, radio, televisión, etc., para tomar nota de las veces que he encontrado las palabras clave de esta convocatoria: *esperanza e incertidumbre*. Y he encontrado muchas. He podido comprobar, que nos hallamos en una época de grandes cambios y que por lo tanto, no se sabe cómo será el mundo futuro. En este aspecto, la incertidumbre es muy grande.

Intentaré analizar el tema desde el ámbito económico y político, de los que creo que sé un poco y de los cuales hago mi interpretación. Empezaré con un ejemplo que es una frase de la película *Más allá del deber* que dice: «Un hombre aguanta una grande cantidad de dolor y sacrificio si tiene esperanza, pero si la pierde, es cuando muere.» Una segunda píldora es una entrevista en la contraportada de *La Vanguardia* al franciscano Josep Costa, que fue el creador de la Fundación Acollida y Esperança, que tiene como finalidad, atender, acoger y acompañar personas en situaciones vitales muy frágiles. En la entrevista salía una frase que decía: «Comprobé que cuando a una persona se la acoge y no se la abandona, nace la esperanza en su corazón». Tercer ejemplo: el del diputado del PSOE Pedro Zerolo, en una entrevista en el programa *El Objetivo* de Ana Pastor, que dice: «La sociedad española, lo que quiere son certezas». Otro ejemplo es el de Samir, un joven nacido en Marruecos que a la edad de seis años se trasladó aquí y que en un reportaje sobre las aulas de integración, explica desde su experiencia vital que: «la gente joven en general lo está pasando mal, puesto que cuando no hay esperanzas crece el resentimiento». Otra frase, es la de Giorgio Chevallard, que en un artículo de una revista digital dice: «La certeza de la fe es más grande que nuestras miserias y permite afrontar la realidad con positividad.» Hace pocos días, en una entrevista en un programa llamado *Plusvàlua* de Radio Estel entrevistamos a la directora de la Fundación Teléfono de la Esperanza, que es una organización de voluntarios dispuestos a escuchar y atender a personas angustiadas, solitarias y desesperadas, para abrirles una puerta a la esperanza. Otro ejemplo es el de Julián Cubero, en un artículo en la revista *Negocios*, titulado «Atrapados en el pasado», dice: «entre las incertidumbres que no conocemos, pero que se vislumbran, está la geopolítica». El siguiente es de Paul Krugman, premio Nobel de Economía, en un artículo titulado «El valle de los desesperados» en el que califica de desesperadas a aquellas personas que han caído o están en la pobreza. Y, *El Periódico de Cataluña*, el dos de enero, el primer día en que hay prensa escrita en el año, abrió con toda una portada y unas cuantas páginas interiores bajo el gran titular de Nuevas incertidumbres y dice que «los retos de los próximos doce meses de este año son la desigualdad social, las elecciones y la nueva geopolítica».

Bien, realizada esta búsqueda, que considero muy representativa, me pregunto: ¿qué sentido tienen las palabras clave *esperanza e incertidumbre*? La palabra esperanza puede significar diversas cosas, desde virtud teológica a esperanza matemática o esperanza de vida. Hoy, aquí nosotros la emplearemos sobre todo en el sentido más apropiado para esta sesión. El Institut Estudis Catalans, la define como «confianza en que una cosa que deseamos tiene que realizarse» y el Diccionario de español de María Moliner, como: «Confianza en que ocurra o en conseguir cierta cosa». Vemos, pues, que coinciden mucho ambas interpretaciones.

De la incertidumbre se derivan otros términos como angustia o ansiedad. Cuando una cosa es incierta, en tiempos difíciles, surgen preguntas cómo: ¿Qué será de mí y de mis hijos? ¿Habrá guerra? Los humanos, por otro lado, nos adaptamos bien a las mejoras, es decir, a mejorar los ingresos, el estatus social, el estado anímico, etc. Pero, en cambio, este fenómeno no se produce a la inversa: a ir marcha atrás, a tener menos ingresos o a recibir malas noticias, realmente, nos cuesta adaptarnos. Los seres humanos aspiramos a mejores expectativas, pero me parece que es mejor no poner muchas esperanzas en el futuro, porque, sino, se produce el desengaño o la desafección. Tomo la expresión del ex presidente Montilla, que hablaba de la desafección política de muchos catalanes, respecto al Estado.

Presentaré unas primeras conclusiones: conviene tener esperanzas para que nos ilusionen, porque nos dan vida, pero que no sean excesivas, porque, sino, podemos caer en la frustración. En sentido contrario, ver el futuro con esperanza negativa no es aconsejable, porque llena de pesimismo, de tristeza y de poco incentivo. Si todo tiene que ir mal, acabo por no tener estímulos para hacer nada, para trabajar, para crear, etc. Aplicado esto en el lenguaje corriente, vendría a ser cómo aquello del vaso a medio llenar; quién tiene esperanza lo ve lleno y en cambio, el pesimista lo ve vacío, cuando en realidad está medio lleno. Bien, aplicaremos esta introducción y estos ejemplos en el campo económico y social, para que nos permitan hablar de la incertidumbre económica.

Estamos en una época de crisis económica y social, larga y profunda que no es comparable ni con la del año 29, la *Gran Depresión*. En estos momentos, afortunadamente, parece que hay indicios de que en Cataluña y en España, la crisis económica empieza a remontar, aunque estamos dentro de un contexto europeo que, a pesar de todo, hace que los socios europeos no acompañen estas buenas perspectivas y que, por lo tanto, haya incertidumbre; todo ello porque las economías interconectadas se ayudan las unas a las otras, y si unas van mal, nosotros no podremos exportar o lo haremos mucho menos. Esta situación de crisis que pasamos durante estos años y que todavía tenemos, nos lleva a las políticas de austeridad y a los recortes consiguientes. Por lo tanto, hay una pobreza muy elevada, así como un paro muy alto, que

está rayando el 50% en la juventud, lo que es dramático, así como una tasa de paro global de en torno al 23%. Es en este contexto, en el que las familias se preguntan sobre el futuro de sus hijos, de sus nietos, se preguntan que será de nosotros, que será de las pensiones. Y una constatación es que en las épocas que se denominan de bonanza, los seres humanos no tenemos muchas preocupaciones o relativamente pocas preocupaciones por el futuro; de hecho, el futuro nos preocupa poco. Pero en épocas de crisis mucho más.

¿Qué respuestas daríamos a esta situación de crisis y de incertidumbre? Mi propuesta sería doble.

A) Es la respuesta que tendrían que dar los gobernantes a la situación de incertidumbre. En este caso, su respuesta tendría que ser actuando, no con indolencia, sino actuando y enfrentando el toro de cara, con responsabilidad; es decir: explicando pedagógicamente la verdad, inyectando píldoras de esperanza en lo que sea posible y, en todo caso, nunca mintiendo y aquí podría citar las palabras que dirigía Winston Churchill, durante la Segunda Guerra Mundial, al pueblo londinense, cuando estaba sometido a los bombardeos de la aviación nazi. En aquel entonces él, les habló francamente y, como lo creyeron, aguantaron estoicamente aquellos bombardeos. Esto lo pongo como contraposición a la actitud que fue muy diferente del ex presidente Rodríguez Zapatero, porque se resistió a aceptar que había una crisis económica e incluso rehusó el utilizar públicamente esta palabra. Esto aportó un gran perjuicio, porque esa mentira por omisión, hizo que se tomaran medidas mucho más tarde de lo que se tenían que haber tomado. He mencionado dos conductas de respuesta ante una situación de dificultad.

B) En cuanto a los ciudadanos, ¿cuál puede ser su respuesta? En general se tiene que luchar activamente contra las adversidades y aportar soluciones en la medida que estén en su mano. Aportaré dos referencias: una es la *Hoja Dominical* del Arzobispado de Barcelona, en la que el cardenal Martínez Sistach dice: «Cuando los ciudadanos se implican y se comprometen, se siembran gérmenes de esperanza que tarde o temprano darán el fruto esperado. Ciertamente el futuro del mundo depende del compromiso de cada uno de los miembros de la humanidad». Y la segunda es un artículo del periodista Daniel Arasa, que el pasado día de Reyes comentaba en *La Vanguardia*, el tema de las loterías de Navidad y Reyes, y en un artículo titulado «Carbó per la Grossa», hablaba de lo absurdo de poner la esperanza en la suerte y no en el trabajo y el esfuerzo de cada día, en la creatividad y en la modernización.

Todo esto son principios un poco generales, pero ahora los aplicaré a situaciones más concretas; por ejemplo, a las familias con respecto a su economía. Hay que gastar menos y, por lo tanto, reducir gastos no necesarios, y especialmente los superfluos. No consumir a crédito en todo lo que sea

posible, porque esta es una forma de estirar más el brazo que la manga sin darse uno cuenta. Y a los ciudadanos, ¿que les aconsejaría? Pues según si tienen trabajo o no; si lo tienen, les recomendaría que trabajaran mejor y más eficazmente con el fin de que sus empresas vayan bien para preservar su puesto de trabajo. A quien no tiene trabajo, que no pare de buscarlo mediante continuas prospecciones en el mercado laboral y que continúe formándose, yendo a ciclos de orientación, o bien aceptando un sueldo más bajo que el que tenía anteriormente. O bien marchándose al extranjero, o planteándose ser autónomo. Todas estas son recomendaciones que tendríamos que dar a quienes no tiene trabajo, porque, lo peor de todo, para quien no tiene trabajo es no hacer nada, porque representa pérdida económica, pérdida profesional y pérdida de autoestima.

En referencia a la incertidumbre política, podemos aplicarlo tanto a escala mundial o europea, como a escala española y catalana. Afortunadamente, estos días se ha producido un acuerdo, entre Alemania, Francia, Rusia y Ucrania, una especie de tregua, para un país que está dentro de Europa y que, por lo tanto, podemos decir que su conflicto o guerra lo tenemos aquí mismo. Esperamos que la tregua se consolide y pueda seguir adelante. Tenemos un par más de conflictos vivos, como lo son la guerra de Siria e Iraq, con la emergencia del Estado islámico y con todo las barbaridades que se están produciendo y también el conflicto de Palestina, que está encallado desde hace décadas por el radicalismo de ambas partes. Pasando al tema del Estado español, en este momento queda la incertidumbre de qué sucederá en la gobernabilidad del Estado. Vemos la emergencia desde hace unos cuántos meses, confirmada por las encuestas de los últimos días, de las nuevas fuerzas políticas. Y lo que todo el mundo aventura, es que se producirá como una fragmentación de la presencia de los grupos parlamentarios en el Congreso de los Diputados. Por lo tanto, habrá muchas más fuerzas y no habrá mayorías absolutas. Podemos decir, pues, que se habrá acabado la época del bipartidismo, la alternancia de ahora unos y ahora los otros; y surgirá el concepto de las coaliciones. Entonces la pregunta será: ¿con qué fuerza se puede coaligar uno u otro para poder hacer mayoría y hacer que el país sea governable? Otra pregunta será si esta nueva situación política, bloqueará o no la recuperación económica que se está consolidando. Otro planteamiento, más maquiavélico, es: ¿al Estado español le conviene que haya una purga política que barra todos los partidos hasta ahora tan desacreditados para empezar de nuevo?

Otra respuesta, en el caso de España, podría ser, dentro de este contexto, esperar la solución definitiva a que se llegue, y esto en los próximos meses lo veremos, en el conflicto de la Grecia dirigida por Syriza y su enfrentamiento con la Unión Europea. Porque está claro que aquí se presenta un dilema que es pensar que si Syriza se saliera con la suya, si acabara saliendo triunfante en sus reivindicaciones y la Unión Europea quedara derrotada, ¿sería esto un

estímulo para que aquí, por ejemplo, Podemos creciera mucho? O al revés, si fracasa en sus aspiraciones, ¿ayudaría esto a deshinchar a su homólogo en el ámbito español? Esta es otra consideración política que podríamos hacer.

¿Qué actitud recomendaríamos a los ciudadanos ante las elecciones? En mi opinión, que mucha gente puede no compartir, abstenerse no es la solución, porque es dejarlo todo en manos de demás. Por lo tanto, si abstenerse no es bueno y los gobernantes tienen que ser elegidos, ¿a quién votar? Yo sólo me atrevería a decir, en esta situación, que quizás hay que votar no a los más buenos, sino votar a los menos malos, como ya años atrás pasaba en la democracia italiana, cuando se votaba ciertos partidos que estaban desacreditados, pero que eran considerados, a pesar de todo, el menos malo.

En Cataluña, podemos decir también que estamos llenos de incertidumbres. Creo que podemos formular muchas preguntas: ¿Cómo quedarán las diferentes formaciones políticas que se presenten a las elecciones del 27 de septiembre, si se acaban celebrando? ¿Ganarán las candidaturas soberanistas? ¿En escaños? ¿También en votos? ¿Cómo irán antes las elecciones municipales? ¿Se formarán por todas partes coaliciones de gobierno municipal entre CiU y Esquerra Republicana, como se anunció en su momento? ¿Irán juntos a las elecciones, Convergència Democràtica y Unió Democràtica? ¿Se pondrán de acuerdo, al final CiU y Esquerra Republicana para pactar la hoja de ruta hacia la Independencia? A la hora de hacer un referéndum binario, Sí o No, si se puede hacer, ¿habrá mayoría de votos para el Sí o para el No? En caso de que gane el No, ¿habrá una gran desilusión y se desinflará el ánimo de los independentistas? En caso de que gane el Sí, ¿se avendrá el Estado a negociar la secesión? La negativa del Estado a reconocer una posible independencia de Cataluña, bloqueando su entrada en la Unión Europea y en todos los lugares de presencia internacional, allá donde pueda hacerlo, ¿traerá grandes inconvenientes a los ciudadanos de Cataluña y durante cuánto tiempo?

Estas son preguntas al alcance de todos nosotros que muestran como en estos momentos estamos ante grandes incertidumbres.

DAVID JOU MIRABENT

Catedrático de física de la UAB. Poeta

Entre los diversos tipos de incertidumbres, podríamos destacar las intelectuales, las materiales y las vitales. Empezaré refiriéndome a las intelectuales, entre las cuales podríamos encontrar las científicas, las filosóficas y las de la información sobre la vida diaria. Recuerden que en física cuántica existe el famoso principio de incertidumbre, formulado por Heisenberg, que nos hace pensar que incluso dentro de lo que parecía más acreditado como instrumento de certeza, que eran la física y las matemáticas, hacia el año 1926 se descubren, en el marco de la nueva teoría, elementos de incertidumbre, en profundidad. Curiosamente, cuando se lee la prensa alemana de aquella época se observa esta incertidumbre a escala social, porque Alemania estaba viviendo un mal momento, después de haber perdido la guerra; entonces, la física que había era determinista y contribuía a hacer que pareciera cómo si toda la historia tuviera que ser determinista. Se veían derrotados por aquella guerra y aquel determinismo; aquella certeza llevaba precisamente a la desesperanza. Por lo tanto, el hecho de que la física rompiera la pretendida certeza de las ciencias, fue recibido con bastante simpatía, puesto que la incertidumbre implica indeterminismo y la idea del indeterminismo abría una puerta a la esperanza para otras cuestiones políticas y sociales. En este caso, incertidumbre se asociaba a la esperanza.

Otro elemento de incertidumbre en la ciencia: hacia 1980 es cuando encontramos la física del caos determinista, en el cual pequeñas modificaciones o perturbaciones pueden producir grandes efectos. Otra cosa que pensábamos que teníamos controlada y resulta que un pequeño cambio puede conllevar enormes modificaciones. Es lo que se denomina a menudo como «efecto mariposa»: un golpe del ala de mariposa puede modificar drásticamente la trayectoria del sistema. Y un tercer ejemplo de incertidumbre en las ciencias podría ser la evolución. Si fuéramos a otro planeta, o si la historia de la vida a la Tierra volviera a empezar, seguramente sería muy diferente de la que ha habido hasta ahora, porque han existido muchos pequeños elementos de incertidumbre –mutaciones, extinciones– que después se han ido amplificando. De forma que la *incertidumbre*, forma parte, incluso, de aquellas cosas que parecen más consolidadas como elementos de certeza.

Pero aquí me interesa más el término de esperanza en tiempo de incertidumbres. Creo que la esperanza, más que la pasividad de una expectativa favorable, tiene que ser una actitud activa, relacionada con la construcción de alguna cosa positiva y guiada por la inteligencia, la voluntad y el coraje. Es decir, tiene que incorporar una planificación de objetivos, de medios y de qué tipo de sacrificios somos capaces de hacer, porque las cosas no se regalan, las cosas cuestan y es difícil conseguirlas.

Dentro de las grandes esperanzas, me interesa la interacción entre las esperanzas que propone la tecnología, las que propone el humanismo y las que propone el cristianismo. Vemos, pues, que hay varias fuentes de esperanza, de grandes tipos de esperanza, y que hay de más concretas y más vitales que pueden surgir de una pequeña expectativa que se realiza y que alienta a ir más allá de tus expectativas.

Desde el punto de vista de la tecnología, evidentemente, en lo que se refiere a la medicina, las biociencias son grandes fuentes de esperanza para mucha gente; la esperanza de que se encontrarán nuevos medicamentos contra el cáncer o para tratar enfermedades genéticas o bien tantos trabajos actuales en ingeniería de tejidos o en ingeniería de órganos en la medicina regenerativa, o exploraciones con células madre, que son una de las grandes esperanzas de nuestro tiempo. Estas esperanzas, la tecnología las va planteando en varios aspectos: en la economía, en la innovación, en las modificaciones de nuevas tecnologías y en la inversión en conocimiento e innovación, como esperanzas para una sociedad, como base de creación de nuevos puestos de trabajo, por ejemplo. Esto es algo favorable e incrementa la competitividad, pero esta tecnología no dice necesariamente que tengamos que competir con todo y con todo el mundo, sino que dice que habría unos lugares más avanzados donde se desarrollarían unas tecnologías más punta, y las tecnologías que ya quedaron, digamos, más conocidas o más convencionales o más estándar, podrían pasar a países no tan avanzados, donde la mano de obra sería más barata y, en principio, todos se podrían beneficiar del progreso. Este es un aspecto positivo de la esperanza tecnológica. Pero también tiene aspectos complicados e inciertos cómo, por ejemplo, el de hasta qué punto la tecnología podrá ofrecer suficientes puestos de trabajo en el futuro. Hasta ahora, la tecnología siempre ha destruido puestos de trabajo en las viejas tecnologías y ha creado nuevos puestos de trabajo, pero a medida que avanza la robotización y la informatización, ya no está tan claro que tenga que ser así, puesto que puede haber fábricas que funcionen con muy poca gente. Esta es una de las inquietudes, una de las incertidumbres generadas por la tecnología. Otra incertidumbre es que las grandes modificaciones de tecnología van cambiando el mundo, de forma que tu experiencia servirá ya de muy poco. Antes, los nietos podían preguntar a los abuelos cosas que estos sabían, y ahora difícilmente les preguntarán nada, puesto que más bien será el abuelo quien preguntará al nieto como funciona el ordenador.

La esperanza tecnológica, en muy buena parte, está centrada en los medios. Por un lado hay medios para realizar una serie de esperanzas que son plausibles e indiscutibles, como, por ejemplo, la salud y el trabajo. Pero, en general, nos tenemos que preguntar también como vamos delimitando las finalidades y no solamente los medios.

Aquí, la esperanza humanística juega un papel importante, por su vertiente crítica, que examina hacia donde vamos, qué tipo de disponibilidad tenemos, qué es aquello que realmente deseamos. Esta esperanza humanística se tiene que cultivar porque, gracias a ella, somos más conscientes de nuestros límites, sabemos a que podemos aspirar y a qué cosas, en cambio, es más difícil aspirar. Sabemos que tenemos que dedicar esfuerzo a conseguir las cosas, y que conviene expresarnos bien, y que conviene colaborar con los demás y, para este tipo de cosas no hace falta la tecnología. Si fomentamos demasiado –y de forma demasiado exclusiva– la esperanza tecnológica, corremos el riesgo que el futuro se vea demasiado unidimensional y que olvidemos la formación en humanidades, cosa que sería desastrosa, no tanto porque las humanidades nos hacen falta para tener unos conocimientos humanísticos –artes, literatura, filosofía, historia– que pueden aportar reflexión y satisfacciones profundas, sino, sobre todo, porque nos ayudan a tener un cierto dominio sobre nosotros mismos.

Desde el punto de vista planetario, la ciencia y la tecnología presentan sus incertidumbres y proponen sus soluciones. Dos de las grandes incertidumbres actuales son las de un posible cambio climático y la del crecimiento rápido de la demografía. Cada semana la población mundial crece en más de un millón y medio de personas; si, por ejemplo, esta semana se ahogan doscientas personas atravesando el Mediterráneo intentaremos solucionar este tema, pero hay que tener presente que al final de la semana habrá casi un millón y medio de personas más, cosa que limita nuestras capacidades de ayudar a resolver los dramas del mundo. Entonces cabe el peligro de desmoralizarse, viendo que nuestra acción, que puede llegar hasta un cierto límite, si hay un incremento de población demasiado grande, no llegará. Estos elementos de incertidumbre afectan también a cómo podría ser la humanidad del futuro e incluso se habla de la posibilidad de crear una nueva especie humana o especies transhumanas, que ya no serían ni humanas, creando un nuevo genoma, con un nuevo cromosoma y con nuevas informaciones genéticas: son grandes incertidumbres.

Ante esto, el humanismo propone algo más de sobriedad, centrándose más en aquello que realmente vale la pena, en aquello que queremos, en aquello en lo que no haya que invertir más recursos de los necesarios. Por ejemplo, más que ir descubriendo nuevas energías, que es lo que propondría la tecnología, quizás también podríamos pensar en como ir reduciendo una serie de gastos innecesarios. Desde el punto de vista espiritual, encontramos también una inquietud y una investigación espirituales muy interesantes. Mucha gente presenta la espiritualidad en oposición a la religión, yo creo que equivocadamente. La religión ha tenido elementos autoritarios, pero también ha tenido unas vivencias espirituales muy intensas y muy ricas, y sería una lástima prescindir de ellas. Hay que insistir más en esta esperanza religiosa, que es

más profunda que la humanística, porque afecta a los elementos de la vida y la muerte y al mismo sentido de la vida, cosa que la hace muy importante.

En definitiva, yo subrayaría estos tres elementos de esperanza. La esperanza tecnológica, que convendría que fuera eficaz e innovadora, pero que tiene el riesgo que nos imponga su ritmo, que es muy rápido. Conviene tener presente que, con la tecnología que tenemos y sin genes de nueva tecnología, podríamos hacer un mundo mucho mejor, si buscáramos valores humanísticos, justicia y solidaridad, valores de los que la tecnología no habla. En segundo lugar, la esperanza humanística, que convendría que fuera crítica y liberadora, en el sentido de liberarnos de necesidades superfluas, y críticas y en el sentido de examinar nuestras necesidades y las ofertas que se nos hacen. Y finalmente, la esperanza cristiana, que convendría que tuviera dos tipos de vertientes muy importantes: la mística y la profética. Actualmente se habla más de mística que de profecía. La mística corresponde a una vivencia profunda de la fe, una vivencia personal experimental de uno mismo y con un sentido de unión hacia la naturaleza, hacia los demás, hacia dioses o creencias, hacia un elemento más vigoroso que tú, pero después habría esta dimensión profética que encontramos tanto a faltar cuando se habla de tecnología. La tecnología abre nuevos medios que hablan de futuro y la visión profética también nos habla de futuro, de cómo se manifiesta Dios en la historia, y de que tenemos que hacer para que Dios esté más presente en la historia. En conclusión, diría que las incertidumbres se aceleran y aumentan, por un lado –en buena parte como consecuencia de la tecnología–, y que la esperanza, la tenemos que enfocar no tan sólo desde una visión tecnológica, sino con más visión humanística, de voluntad y, sobre todo, de coraje, que es un elemento esencial de las esperanzas de hoy.

MARIA VICTORIA MOLINS GOMILA

Teresiana dedicada a vivir al lado de los excluidos

Mi aportación será desde el punto de vista de monja de calle, o sea que hablaré de la calle y de un mundo que parece que está sin esperanza, pero que a mí me ha dado mucha. Vivir en un mundo que carece de todo puede parecer algo desesperado, pero, en cambio, yo he encontrado en él, muchos atisbos de esperanza que hoy me gustaría comentar.

En primer lugar, he visto que hay dos maneras de esperar: la de los pobres y la de los excluidos. Y en esto encuentro muchas diferencias. El pobre, el pobre de dinero, puede estar lleno de valores. Estas son las personas que conocí en el Tercer Mundo. Tenían una esperanza muy clara y, además, se expresaban siempre usando expresiones como «primero Dios», «lo que Dios quiera», o «Dios mediante», que para nosotros son frases que se han perdido, hoy en día. Para ellos, sin embargo, era seguro que todo llegaría y que se arreglarían las cosas cuando Dios quisiera. Poseer un valor tan rico como el de la esperanza cristiana, para mí es tener una falta total de incertidumbre, puesto que para ellos era algo seguro que algún día Dios los ayudaría. Todo esto a mí me dejó muy impresionada. Siempre recuerdo a una mujer que habiéndolo perdido todo en una riada me decía que de hecho, todo no, porque teniendo a Dios, ya lo tenía todo. ¿Cómo podía yo hablarle de incertidumbre o de falta de esperanza, viendo como ella misma decía que continuaba teniéndolo todo, porque tenía a Dios?

En mi opinión, el de la pobreza no es el mundo más adecuado para que surja la incertidumbre; es el mundo de la sumisión, es el mundo que precisamente necesitaba de la teología de la liberación, porque las personas estaban demasiado conformadas a las situaciones injustas y se consolaban siempre con aquel maravilloso sentimiento que tenían, de esperanza cristiana, que espero que no pierdan nunca, puesto que siempre era para ellos aquello a lo que podían cogerse. Pero volví aquí, al que en aquel momento denominaban el Cuarto Mundo y que hoy en día llamamos mundo de la exclusión. Se decía Cuarto Mundo porque era un mundo de exclusión dentro de las ciudades, cuando en aquel momento, además, se vivía un tiempo de opulencia en que nos pensábamos que todo iba muy bien. Yo me acerqué a un mundo que no me había imaginado nunca que existiera, un mundo de gran desestructura personal y en el que me encontraba con historias muy desesperadas, pero que, sin embargo, para quienes las vivían, había siempre algo que poder esperar.

La esperanza en esta gente no es una esperanza de futuro. Tienen un pasado terrible y el futuro ni lo esperan, porque ni se lo plantean; viven, pues, el momento presente. Y al vivir el momento presente tienen unas expectativas muy pequeñas. Nosotros, los que pensamos un poco más allá, siempre tenemos expectativas más a largo plazo: ¿qué pasará con nuestros hijos o

sobrinos? ¿Qué pasará con nuestra familia? Esto, el marginado, generalmente, no lo tiene; es cuando empieza a arreglar su situación que empieza a tenerlo, incluso en la cuestión económica. Es cómo si simplificaran mucho sus circunstancias y necesidades. Recuerdo que, cuando yo era novicia, la madre maestra siempre nos decía que teníamos que vivir el momento presente y para nosotras, esto era muy difícil, porque habitualmente pensamos siempre en el futuro y en cómo serán las cosas, etc. El primer libro que escribí sobre el mundo de la marginación, lo titulé, haciendo lo contrario que Neruda, *Veinte canciones desesperadas y un poema de amor*. Las veinte canciones desesperadas eran veinte historias que yo conocía de desesperación y el poema de amor era el del capítulo XIII de la carta a los Corintios. Por aquel entonces, cuando yo veía situaciones que para mí eran desesperadas, veía también, sin embargo, que ellos estaban mucho más tranquilos. Por ejemplo, yo iba a visitar una familia en la cual no podía ni imaginar la desestructura personal que existía. Recuerdo que una semana los fui a ver y los encontré desesperados porque no podían hacer frente a un pago. Durante toda la semana sufrí por aquel motivo y cuando volví a la semana siguiente, al preguntarles cómo habían solucionado el tema, ni siquiera recordaban el problema que habían tenido. Para mí resultaba todo, algo inverosímil, porque pienso que los problemas no se acaban hasta que no se resuelven, pero para ellos, venía otro problema después que hacía que se olvidaran del anterior. También recuerdo el caso de un hombre que decía que las cosas le iban tan mal que ya no le podían ir peor, y que, por lo tanto, pensaba que ya le irían mejor. Existen, pues pequeñas esperanzas, que son realmente muy curiosas y que me llevaban a pensar que este otro mundo de la exclusión posee unas virtudes que yo ni podía entender ni tenía.

Pero al mismo tiempo, yo soy hija del Concilio Vaticano II. Y digo esto porque cuando estudiaba en la universidad y estaba en el Juniorado, que es el periodo que viene después del noviciado, coincidió con la época del Concilio Vaticano II. Nosotras éramos muy amigas de Tarancón, y él, siempre que venía al convento, nos explicaba todos los intrínquilis del Concilio. Por eso yo lo viví intensamente y con una gran ilusión. Por todo puedo decir, que pertenezco a la generación del encanto y del desencanto, puesto que me parecía que con el Concilio Vaticano II alcanzaríamos el cielo con las manos y la Iglesia sería completamente diferente. No obstante, después empezamos todo un proceso de retroceso y, por consiguiente de desencanto. Ahora, sin embargo, comenzamos a tener un poco de esperanza, al parecer El Concilio Vaticano II a mí me dejó toda una serie de afirmaciones muy importantes y quizás una de las que vivo desde entonces es: «Dar razón de nuestra esperanza». Esta se me quedó clavada. Y esto es lo que los cristianos tendríamos que hacer. Ir dando razón de nuestra esperanza y de por qué esperamos. Me pareció algo importantísimo. Cómo también aquella otra frase al inicio del *Gaudium et spes* : «Las alegrías y las penas, los dolores y las esperanzas de los hombres, son las alegrías y las penas, los dolores y las esperanzas de los creyentes. Nada que

sea humano puede ser ajeno al seguidor de Cristo»; y esto además me comportaba una forma de vida muy diferente de la que había vivido hasta el momento. La vida religiosa había sido *la fuga mundi*, el dejar el mundo, y, en cambio, entonces se empezaba a vivir otra cosa, que es la que ahora procuro vivir intensamente. A mí, estas dos afirmaciones me dieron un sentido completamente diferente, que he intentado vivir, y por eso he visto en este mundo que me rodea y en el cual soy muy feliz y he aprendido tanto, las paradojas de la esperanza.

¿Cuáles son las paradojas que he visto en la esperanza? Ante todo, decir que a menudo me he hecho como un tipo de silogismo al pensar que si decimos que la esperanza es lo último que se pierde, entonces los últimos serán los que perderán la esperanza, también los últimos. Ellos son los últimos y por lo tanto, también serán ellos quienes perderán la esperanza en último término, al final de todo. ¿Por qué? Pues, porque para ellos hay pequeños momentos de esperanza y porque para nosotros, quienes sí tenemos razones para esperar, tenemos a nuestro alcance el dar esperanza.

Explico algunos ejemplos muy claros de esperanza, que se dan en personas que lo pasan muy mal. Durante mi primera etapa de inclusión en el mundo de la exclusión, que era al final de los años ochenta y comienzos de los noventa, la época del sida más mortal, pude ver a muchos enfermos que llegaban a ITACA, la organización de acogida, y que acababan muriendo por la enfermedad. Por lo tanto, pude ver a personas sufriendo mucho y pasándolo muy mal cuando en ITACA se ayudaba a bien morir, que era mucho más fácil que ayudar a vivir. Recuerdo el caso de un preso que había sido uno de los atracadores del famoso asalto al Banco Central, y que cuando llegaba al final de su vida con mucha angustia, al decirle yo que seguro que Dios lo acogería, me decía que sí, porque el infierno ya lo había vivido en la tierra. Esto me hizo pensar en como, acostumbrados a pasarlo tan mal, seguían poniendo su esperanza bien en las pequeñas cosas o en el más allá.

Hay algo, además, que a mi me ha hecho sufrir muchísimo y que todavía hoy me hace sufrir mucho en el mundo de la prisión. Acostumbro a dar esperanzas a los chicos e incluso me alegro cuando empiezan a soñar o a tener ilusiones. Cuando a un joven que está en la prisión, le hablas de cómo está la situación en el país, la situación laboral, la respuesta que te da siempre es que él piensa que cuando salga, encontrará trabajo enseguida. Es decir, tiene esperanza. Y esto es algo, que veo continuamente; ellos tienen que luchar y su ilusión o sus sueños, los ayudan también a ello. Pero hay una cosa que me molesta mucho y que también quiero decir. Todo el sistema que hay en la prisión es el que en realidad, crea más incertidumbre, incluso en las cosas más sencillas. Por ejemplo, el caso de un chico que tiene permisos cada mes y que normalmente tiene que salir el primer lunes del mes, pues, no es avisado hasta un cuarto de

hora antes. Nunca saben, por ejemplo, cuando recibirán lo que sea que hayan pedido. Yo no sé si esto es algo educativo, pero el caso es que a mí me parece terrible vivir en esta total incertidumbre, cuando sería mucho más sencillo decir la verdad, aunque se tratara de una negativa. Es mejor saber que no te darán una cosa, que no vivir en estas continuas incertidumbres en el mundo de la prisión. A mí esto me sabe muy mal y la única fórmula que tengo ante esto es amar mucho a aquel que ya no siente esperanza por nada.

El ejemplo más claro que puedo dar es el de un joven que estando en prisión, se había autolesionado y que además civilmente no estaba ni registrado, porque cuando nació no hubo nadie que lo apuntara en el registro, pero que sin embargo, había acabado en prisión usando un nombre falso. Cuando hablé con él, me dolió una frase terrible que me dijo: «A mí no me espera nadie y nadie, me va a echar de menos». Para mí, esta es la incertidumbre más grande que se puede vivir en el mundo; que no te espere nadie. Es decir, no tener a nadie y que nadie te espere. Fue muy emocionante para mí, el día que, después de mucho tiempo tratándolo, me dijo que le había hecho volver a sentir ganas de vivir. En mi opinión, este es el ejemplo más maravilloso que se puede dar sobre cómo cambia una persona que vivía sin esperanza, cuando la aprecias, cuando siente que ya tiene a alguien. La incertidumbre más grande no es el no saber qué pasará después, sino saber que no pasará nada, porque, por ejemplo, sabes que no tienes por qué salir de la prisión, ya que no tienes a nadie que te espere. Este chico ahora ya tiene un lugar a donde ir: cuando salga, vendrá a nuestra fundación. Resulta impresionante oírle hablar de sí mismo y de su intención de portarse bien y ser bueno cuando salga. Ha empezado a aprender a leer y a escribir, y toda esta fuerza se la ha dado el mero hecho de tener alguien que lo escucha y le aprecia. Es decir, ahora sí tiene esperanza.

Para terminar, quería referirme al estilo del Papa, del cual soy muy seguidora y que considero que es un estilo realmente nuevo, cómo hemos podido ver en muchos ejemplos que ha protagonizado y que han dejado patente su proximidad y su sentir sencillo y cercano. A mí me parecen actitudes muy normales, pero cabe destacar que hasta ahora no lo eran para nada en el Vaticano. El Papa dice una cosa que me agrada mucho: «No me gusta mucho la palabra optimista, porque expresa una actitud psicológica; me gusta más emplear la palabra esperanza, tal como se lee en el capítulo XI de la carta a los Hebreos. Los padres continuaron andando a través de grandes dificultades. La esperanza no defrauda, como leemos también en la carta a los Romanos».

Pues bien, la esperanza cristiana no es un fantasma y no engaña; es una virtud teologal y, en definitiva, un regalo de Dios que no se puede reducir a un optimismo meramente humano. Dios no defrauda a la esperanza ni puede traicionarse a sí mismo. Dios es todo promesa.

EXTRACTO DE LES APORTACIONES AL COLOQUIO

- Quisiera agradecerlos a todos vuestras ponencias porque realmente ha sido muy enriquecedor poder pensar cada uno las incertidumbres que vivimos constantemente. Sergi Corbella se refería antes a Baumann y a la sociedad líquida y él precisamente ha escrito que la gran certeza es que existe la incertidumbre y ahora, además Maria Victoria Molins nos decía que una de las grandes incertidumbres es realmente este sufrir, este «a mí no me espera nadie». Creo que es esta una situación muy dramática que hace pensar cuántas personas en tantas situaciones difíciles necesitan sentir el reconocimiento de alguien. Como propuesta y pregunta, cuando estabais hablando he pensado en el libro *El camino de la esperanza* escrito por *Stéphane Hessel y Edgar Morin*, que creo que son dos grandes referentes de nuestra historia y de Europa. En un capítulo que versa sobre educación, resaltan muchos propósitos acerca de enseñar a afrontar las incertidumbres con que se enfrentan los jóvenes. Esta incertidumbre hace que nuestros jóvenes sientan desencanto, decepción, frustraciones y toda una suma de incertidumbres que generan malestar. Recientemente he leído que la Organización Mundial de la Salud dice que en el año 2020, la primera enfermedad será la depresión como consecuencia de lo que nos toca vivir. Quiero preguntaros cómo prevenir para no llegar a estos extremos de constantes frustraciones y no llegar a esta depresión que realmente hace que caigamos en un vacío. ¿Cómo dar respuestas esperanzadoras que no sean sólo palabras? Es decir, sé que es muy difícil y todos vosotros habéis ido aportando diferentes propuestas, pero ¿cómo poder ser donadores de esperanza real? (Assumpta Sendra)

«Quisiera matizar algo y es que hay una cosa realmente mucho más dura y que incrementa más el sufrimiento, que cualquiera de las incertidumbres; la certeza de la soledad. A menudo introducir incertidumbre en una certeza que hace sufrir, es una esperanza. Quiero decir que cuando hay una certeza de soledad y de máximo sufrimiento, al plantearle a aquella persona, «no estés tan seguro de que esto haya de ser así», introduciendo la incertidumbre, generaremos la esperanza. Lo digo para no cargar la palabra incertidumbre de una vertiente tan negativa como la que le estamos dando. Es decir a menudo todo es cuestión de equilibrio y por lo tanto gestionar bien la incertidumbre puede ser la mejor manera de introducir esperanzas para según qué personas. Respecto a lo que planteabas sobre si vamos hacia una sociedad donde la depresión será una de las principales problemáticas, bien, no lo puedo asegurar ni predecirlo pero sí que tenemos que tener muy claro que es amando y sintiéndose amado, cuidando a quien se tiene cerca y siendo coherente, es como se podrá dormir tranquilo cada noche, por el hecho de sentirse a gusto con aquello que se hace; esta es pues, una de las principales herramientas que nos ayudan a no perder nunca la esperanza. Por lo tanto, infundiendo desde cualquier contexto, estos valores, dejándolos claros para que se puedan

transmitir de generación en generación, podemos afirmar que serán recursos de ayuda para combatir la desesperanza que es tan característica de la depresión.» (S.C.)

«¿Como evitar la frustración? Pues yo creo que la religiosa Maria Victoria, arroja luz sobre el tema, cuando nos habla de los más desamparados, esos prisioneros que no tienen por ejemplo, nadie que los espere. Recuerdo una película, *Cadena perpetúa* en la que uno de los prisioneros, es un hombre que ha sido condenado por muchos años y que cuando tiene ya unos setenta años aproximadamente, es puesto en libertad. Esa persona no tiene familia, no tiene amigos y sabe además que no encontrará trabajo y por ello no quiere salir, pero el sistema le obliga a hacerlo. Cuando sale, se acaba suicidando. Quiero remarcar precisamente el hecho que la soledad en todos los sentidos, es un gran castigo y algo muy negativo para el ser humano.

»Por otro lado, sobre el tema del desencanto, cabe decir que este lo sufrimos todos aquellos que tenemos expectativas y no tanto los que no las tienen; claramente para sentir desencanto, necesitas sentir antes ilusión, esperanza y por eso y para no caer en la frustración, sería conveniente que no pusiéramos mucho empeño en crearnos expectativas. Es decir ser quizás moderados y no esperar milagros, en cualquier aspecto.» (I.F.)

«Hablando de este compromiso de dar razón de la esperanza, pensaba ante las incertidumbres, en aquella frase del evangelio que se refiere a los lirios del campo y los pájaros, que viven sin nada y que nos dice como en cambio los hombres nos preocupamos por muchas cosas que no son importantes. Este exceso de preocupaciones, también muy a menudo nos esconde otros problemas y oculta el sentido que podríamos llegar tener. Pienso que es importante hacer ver que esta razón no es sólo en otro mundo y en otra vida que vendrá, sino que estos pequeños fragmentos de esperanza ya pueden dar sentido a nuestra vida aquí mismo y pueden transformar toda una vida con una fuerza renovadora extraordinaria.» (D.J.)

«Realmente pienso que nosotros sufrimos muy a menudo y por adelantado por cosas que no pasarán. Recuerdo como una hermana mía, también monja, sufría una grave enfermedad degenerativa que tarde o temprano la condenaría a ir en silla de ruedas. Yo sufría muchísimo por ella pensando en cómo reaccionaría cuando llegara este momento y finalmente murió mucho antes, durante una operación. Es decir sufrí mucho por una cosa que después nunca llegó a pasar. Creo que el evangelio también nos ofrece muchas y muy buenas fórmulas para vivir el presente y no tener tanta preocupación por el futuro. Ser como los niños es vivir el momento presente y ser como los pobres también lo es. Creo que a menudo sufrimos mucho porque siempre pensamos en el futuro y no dejamos las cosas en las manos de Dios que sería la manera de que viviéramos mucho más tranquilos.» (M.V.M.)

- Creo que no hay recetas infalibles contra la incertidumbre e incluso a nivel científico, el mero cambio en las condiciones iniciales de un experimento puede provocar diferentes resultados, no siempre previsibles. Quería hacer dos preguntas: ¿En qué se fundamenta la esperanza que tanto se ha mencionado? Y qué podemos hacer en nuestra lucha, para que este porvenir, toda esta incertidumbre de futuro, la podamos, o no controlar, pero sí llevar un poco por donde nos parezca mejor ? (Antoni Monferrer)

«¿Cómo afrontar tiempo de incertidumbres? Podemos decir que con esperanza y dejarlo así. Pero yo no me sentiría del todo contento. Creo que habría que pensarlo un poquito más. Yo, particularmente tengo la sensación de que no nos educan para la incertidumbre; nos la encontramos. Estamos mucho más educados en la constante anticipación. Cuántas veces le decimos a nuestros hijos o a los niños: «¡Pero hombre! ¿Qué no lo sabías? ¿Qué no te lo podías haber preparado? ¿Qué no lo tenías en cuenta?» Cómo si cualquier cosa que genere incertidumbre, se hubiera podido resolver antes, con una reflexión previa. No sé si este es el mejor ejemplo para aprender a convivir con la incertidumbre. Yo creo que cualquier herramienta que en nuestra mente sea planteada en clave de eliminar la incertidumbre, será un grave error, desde mi punto de vista. Lo que tenemos que hacer es aumentar la tolerancia. En nuestra sociedad, lo que pasa muy a menudo es que no estamos preparados para tolerar; nos gustan las cosas claras, nítidas y preferimos certezas incómodas y adaptarnos a ellas que no incertidumbres. Hay estudios psicológicos que eso sí que nos lo demuestran. Por lo tanto lo que quiero decir, es que seguramente, reflexionando sobre ello y pensando en como gestionar mejor la incertidumbre, la solución pasa por aumentar la tolerancia y para conseguirlo seguramente nos tendríamos que poner de acuerdo, tanto escuelas como padres, madres etc. Pienso que realmente quién tiene más tolerancia a la incertidumbre puede convivir mejor con ella y esto hace que no se angustie tanto; quizás rinda menos o algo menos, pero también se desesperanza menos y quizás por ello, ya valga la pena este cambio.» (S.C.)

«¿En que se fundamenta la esperanza? Pues creo que en el tener ilusiones, tener incentivos para vivir y para querer vivir. La esperanza nos inyecta todos estos ingredientes y pienso que es mejor esto que carecer de ilusión y carecer de ilusión por vivir. Por lo tanto creo que la esperanza es muy positiva, pues nos ayuda a ser más personas.» (I.F.)

«Lo que sucede es que hay toda una serie de incertidumbres que precisan de la tolerancia. Antes comentaba aquello del caos determinista, el efecto mariposa y de como un pequeño factor se puede amplificar mucho y puede hacer modificar la trayectoria de algunas cosas y hacer que pasen por un lugar o por otro. Esto realmente presenta dos aspectos: por un lado nos hace ver la importancia con que participamos, porque pueden cambiar las cosas pero muchas veces no sabemos hacia donde cambiarán y se da entonces como un

doble factor. Lo mismo pasa con el tema de la libertad. La libertad si fuera completamente indeterminista no permitiría fijar ningún objetivo porque no sabrías como realizarlo; si fuera completamente determinista, querría decir que no serías libre. Por lo tanto en los grandes problemas de la vida hay toda una serie de factores de indeterminación, de incertidumbre para los que más vale adaptarse. Antes, yo comentaba que la esperanza en estos tiempos de incertidumbre, tendría que ser activa y promover la intervención de la precisión, en unos ciertos objetivos y en ciertos medios; un cierto coraje, en definitiva, por si las cosas no funcionan, coraje que podríamos llamar también tolerancia en los resultados. Es decir, pensar que los elementos de toda aventura también tienen unos objetivos provisionales y unos medios que después pueden cambiar. Pero este elemento de tolerancia me parece bien siempre que no nos haga dormir y nos haga pasar a la pasividad de aceptarlo todo, porque entonces no reaccionaríamos.» (D.J.)

«Yo lo encuentro también, todo, un poco ligado a la utopía. Las utopías son una manera de creer que hay un futuro al que podemos llegar. Y la utopía, como que no tiene fin, siempre te hace avanzar y a mí me parece que las incertidumbres, también se solucionan con aquella ilusión que aporta la utopía. Si unas cuántas personas se juntan con una utopía común, aquello al final acaba por ser, si te crees de verdad, que puede pasar. Pienso que un mundo que esté desencantado, no tiene utopías y los jóvenes que no tengan utopías, dejan de ser jóvenes. A mí me parece que la utopía es algo maravilloso que nos hace siempre crecer.» (M.V.M.)

«Yo creo que lo que es esencial y además imprescindible, desde las concepción de la esperanza social, es la acción. Teniendo en cuenta además, que cuando aparece la desesperanza social aparece la pasividad y está claro, que una sociedad pasiva esta condenada a sentirse decepcionada y en cambio una sociedad activa y proactiva, puede decidir hacia donde va. Aquí ya se une tanto el aspecto más personal e individual como el colectivo o social donde la acción, resulta algo fundamental.» (S.C.)

- Hay tres aspectos que he conectado y que me han hecho pensar. Primero, en relación al tema de los jóvenes que se encuentran ante un mundo cada vez más incierto y de cómo nosotros podemos mitigar el miedo que estos pueden tener respecto al futuro. Quizás la cultura de la ejemplaridad puede no ser buena en este caso, porque hemos sido educados en el mundo de la certeza y por lo tanto trabajar con nuestros jóvenes sobre un aspecto de la cultura de la ejemplaridad, precisamente puede llegar a ser hasta como un obstáculo. Yo tengo hijos en edad de iniciar su vida profesional, acabando las carreras y empezando a buscar trabajo y el otro día hablando con familias que tienen hijos de esta edad, hablando con algunos padres de aquellos hijos que han obtenido matriculas de honor en sus estudios, me explicaban como sus hijos van al psicólogo, porque tienen una ansiedad tremenda y lo están pasando

muy mal. Y encima el padre, diciendo que ya es hora de que marche de casa, que sean autónomo e independiente. En cambio, después, hablabas con otros padres cuyos hijos no tienen trabajo todavía y viven con ellos pero que están felices con su carrera, están pensando en negocios, están pensando en la tecnología, etc. lo viven felices y bien. Es decir no están angustiados porque tampoco están mirando hacia un futuro, sino que están viviendo un presente muy cercano, porqués están acostumbrados a ver la vida de otro modo. Yo creo que quizás nosotros no somos ejemplo para los jóvenes y tenemos que enseñarles a ver este mundo no como una amenaza o un problema sino como una oportunidad. Creo que este es uno de los grandes cambios que tenemos que hacer, romper el concepto de la ejemplaridad que quizás tenemos muy metido en nuestra cabeza y transformar esta manera de ver el futuro y de ver nuestro mundo. El mundo está pleno de oportunidades y la gente que es capaz de encajar este concepto, evidentemente vive mucho más feliz porque la incertidumbre, ya forma parte de las oportunidades. (David Martinez)

«Me ha parecido una manera muy oportuna y conveniente de plantearlo; introducir una certeza negativa en una incertidumbre puede ser algo muy positivo. En lugar de llamarlo, incertidumbre, llamarlo oportunidad le aporta un sentido positivo que me ha parecido muy interesante. Creo que este es un matiz nuevo y muy atractivo.» (D.J.)

«En todo caso, yo tengo la impresión que quienes somos más veteranos y tenemos hijos mayores y somos ya abuelos, en lo que concierne a nuestros hijos, no les hemos educado bien, en el sentido de falsas seguridades. Por ejemplo sobre el tema de tendrán trabajo y vivirán mejor que sus padres. Y además, aquellos que venimos de una época de posguerra, época de racionamiento y de relativa hambre, en general hemos tenido como una cierta obsesión, una cierta preocupación, en que no les faltara a ellos lo que nos faltó a nosotros. Y quizás esto nos volvió muy proteccionistas. No sé si ahora a las nuevas generaciones del panorama actual, estos valores les ayudan en algo.» (I.F.)

- Querría dirigirme a David Jou, que es físico, pero también poeta y en quien convergen por tanto, la física y la poesía. La primera pregunta sería: ¿En qué sentido la poesía y en general el cultivo de las bellas artes puede contribuir a dar esperanza?. La segunda es una cosa que recuerdo que explicaba el Padre Miquel Estradé, monje de Montserrat que decía que una vez que había bajado del monasterio para ir a Can Massana, se perdió, aunque ya había ido muchas veces y empezó angustiarse al no encontrar el camino. Finalmente la angustia se le convirtió en pánico hasta que vio un árbol muy robusto e instintivamente se abrazó a él. Poco a poco, la respiración le volvió a su ritmo normal y en cinco minutos supo encontrar el camino y llegar a Can Massana. Él se hacía esta reflexión, sobre como el miedo le había hecho perder el sentido de la

realidad y como el hecho de abrazarse al árbol le había devuelto este sentido de la realidad. Por ello, mi pregunta sería: ¿En qué medida tomar conciencia de la realidad, conocer la realidad y aceptarla, es fuente de esperanza? (Jaume Aymar)

«Bien, no es nada fácil de responder. ¿Hasta qué punto, el cultivo de las artes punto puede estimular esperanza? No lo sé, porque a veces el arte precisamente ha tratado de expresar grandes desesperanzas o situaciones muy duras, que nos han aportado el llegar a tomar conciencia de la realidad, permitiendo que veamos una objetivación de la realidad que nos la hace ver a cierta distancia y reaccionando ante ella de una manera más serena.

»Por otro lado, sentir una sensación de belleza o de serenidad, creo que ayuda a vivir y una cosa que en los barrios pobres, pienso que contribuye al malestar, es la sensación de suciedad y este vivir alejados de cualquier elemento de belleza; acostumbrarte a la suciedad creo que va degradando las cosas. Por lo tanto, cuando hablamos del arte, yo creo no tanto, en la práctica del arte sofisticado, del arte creador de belleza, sino que lo hago en un arte mucho más sencillo que sería el de la pulcritud, pues ya sólo con esto, ayudaríamos mucho en la vida de mucha gente. Si además, a estas personas les abres el mundo de la imaginación, a través de un mundo artístico, todavía mejor; pero este elemento de la pulcritud y la nitidez, ya sería una gran cosa, por la diferencia que supone en la sensación de la realidad.» (D.J.)

- Referirme tan sólo a las últimas palabras del Dr. Corbella, que si no he entendido mal nos ha invitado a la necesidad y a la conveniencia de aprender a convivir con la incertidumbre. Pienso que hay muchas maneras de intentar aprender a convivir con la incertidumbre y que esto se puede hacer desde muchas sensibilidades, desde muchos criterios y desde muchas vivencias. Yo no sé si quizás la chispa de la vida, es intentar hacer este aprendizaje con amor, desde la paz y desde la fiesta, desde este sentido positivo de la vida, porque es que sino todo resulta finalmente muy complicado. (Jep Alcalde)

«Totalmente de acuerdo. De hecho cualquier cosa que podamos hacer desde la fiesta, desde el humor, desde la alegría, bienvenida sea, si además, es justamente tolerar aspectos que angustian: poder ser capaces de reírnos de aquello que nos inquieta es la mejor forma de conseguir que nos deje de inquietar. Cuando ante una cosa que te hace sufrir, transcurridos unos días o meses, eres capaz de sonreír, se trata de un buen indicador, para que así, la próxima que se te acerque, deje de angustiarte. Por lo tanto en esto que planteas estoy totalmente de acuerdo. Cualquiera de los retos planteados con una sonrisa a los labios se hace mucho más llano y el reto ya no hace tanta cuesta.» (S.C.)

- Se ha hablado antes del hecho de preocuparse, de por qué nos preocupamos tanto y de tantas cosas y no lo dejamos en manos de Dios. Querría preguntar si alguien me puede decir ¿cómo no preocuparme? ¿Cuál es la fórmula? (Maribel Siles)

«Ocupándote, no preocupándote. Cuando llegue ya te ocuparás, pero hasta que no llegue, no, pues a lo mejor no llega.» (M.M.V.)

- Cuando vivimos momentos de incertidumbre, a menudo la tentación que podemos tener para superar esa sensación, es la de dar expectativas. Lo que pasa es que dar expectativas siempre es algo un poco peligroso. Las falsas expectativas mueven a la gente y después la decepción, es todavía es más grande. Por lo tanto, lo que no se puede hacer ni con la pareja, ni con los hijos ni con los amigos ni en las situaciones que vivamos, es querer vencer la incertidumbre con una falsa esperanza, con una falsa ilusión o con una falsa salida, porque generalmente, aferrarnos a esa realidad, nos conducirá a una situación aún peor. Yo pienso que haga lo que haga, el futuro siempre me preocupará, porque si tomo una decisión pasará una cosa y si tomo otra pasará otra, y si no tomo ninguna también pasará otra diferente; por lo tanto haga lo que haga, el futuro siempre será incierto y lo que yo haga por el futuro siempre me angustiará y siempre me preocupará. Pero hay una cosa segura y es que si procuro hacer el bien, si me preocupo por el bien de los otros, dará igual lo que pase, porque será fruto de este bien; vaya por donde vaya y tenga las consecuencias que sean. Por lo tanto la mejor manera de afrontar la incertidumbre del futuro es preocuparme de quienes me rodean y de su bien. Creo que la única manera de trabajar la incertidumbre, es desde la certeza del presente y que la certeza de este presente sea buena y esté fundamentada en el bien de la gente y en el bien de las personas; todo ello, claro, en la medida en que sea posible, pues somos realmente limitados y llegamos sólo a donde podemos llegar. (Jordi Cussó)

- Yo añadiría también que además de las certezas obvias que todos tenemos como por ejemplo el nacer y el morir, también nos iguala la necesidad del amor y nos hace sentir inciertos o inseguros la carencia de aprecio. Por eso cuando uno le dice a alguien que irá o que hará algo, lo tiene que hacer, para evitar no sólo crear incertidumbres sino también frustraciones. (Esther Borrego)

- Quería hacer dos preguntas a M. Victoria. Hay un economista de la Universidad de Bolonia que colabora con el Vaticano y que escribió un libro sobre el bien común, que dice que sin gratuidad, no hay esperanza. Una sociedad que no dé, que no dé tiempo o dinero, pierde la esperanza, independientemente del nivel de renta que tenga y aunque sea muy rica. Quería saber si lo creéis también así, según vuestra experiencia. Y la segunda es que este mismo economista dice que hay regiones en las que se implementa más fácilmente el asociacionismo y el principio de gratuidad.

¿Creéis que Cataluña es una tierra solidaria? ¿Una tierra en donde hay más esperanza que en otras o pensáis que la esperanza es totalmente transversal?
(Xavier Melo)

«Creo que Cataluña es en general muy solidaria, pero que lo es con lo que ve y el problema es que muchas cosas no las ve y no las mira. Y claro si no se mira no se ve. A menudo se pasa ante las cosas sin ver y en lo que respecta a las personas todavía más. Dice el Papa que cuando damos, tenemos que mirar a los ojos de las personas y tocarlas. Nosotros, sí que somos solidarios cuando por ejemplo hay una efeméride o se tiene que recoger dinero o alimentos, en esto sí que somos solidarios. Pero a pesar de todo, a veces no vemos o no miramos y esto a mí me da mucha pena. Hay algunos mendigos que dicen que son invisibles. Hace más daño, a veces, no el hecho de que no te den sino el de que no te miren. A menudo no miramos porque así todo parece más fácil. En este sentido no somos del todo solidarios, pero en cambio sí lo somos al dar.» (M.V.M.)

- He pasado bastante tiempo de mi vida en África tropical y estoy viendo hoy todo el tema de las esperanzas y las respuestas, la incertidumbre y la incertidumbre, con la piel o la conciencia de una persona de allá. La pregunta es esperanza y respuestas ante la incertidumbre. Recuerdo que un día, una persona de origen africano, me preguntó de qué nos servía a nosotros, los blancos, el hecho de trabajar tanto. Escuchar algo así, aquí, es una cosa pero en medio de la selva, la verdad es que cuesta de encajar. Se trataba de un hombre que había estado viviendo un año y medio en Francia y había querido volver a la selva. Le contesté que por nuestros sistemas de vida y por los adelantos técnicos que tenemos hemos llegado a vivir 80 o 90 años, y que en cambio ellos, a los cuarenta estaban ya cansados, a los cincuenta eran viejos y a los sesenta o setenta morían. Y él, se me quedó mirando y me dijo: «¿Y que?» Esto se me quedó muy grabado y seguidamente me lo explicó: «Vosotros los blancos os pasáis la vida preparando el futuro, que si vacaciones, plan de pensiones etc. Y cuando llegáis a ese futuro no lo podéis disfrutar, porque sois viejos. En cambio nosotros tenemos el futuro totalmente olvidado pues ya tenemos suficiente trabajo con subsistir en el presente». Creo que esta experiencia puede aportar alguna idea a los que estamos aquí hoy.
(Josep Lluís Fernandez)

- Siguiendo con este orden de ideas me gustaría expresar un pensamiento de Alejandro Jodorowski que decía: «El pasado y el futuro son foco de neurosis y sólo el presente es la auténtica vivencia más consciente o la realidad.» Sobre este presente quería hacer una pequeña reflexión acerca de un tema que a menudo olvidamos o sobre el que simplemente no pensamos porque incluso hay veces en que hace daño o da miedo pensar. Se trata de la situación que vive una sexta parte del mundo, personas que viven la exclusión del derecho al alimento y que por lo tanto se encuentran en peligro de desnutrición. Claro, al

pensar esto y ver el mundo en general, el estado general del mundo y las preocupaciones de este llamado Primer Mundo, se es consciente de este drama porque es reversible, pues hay cuestiones reversibles y cuestiones que no lo son. Por ejemplo la soledad puede ser reversible, pero cuando a una madre se le muere un hijo en los brazos por causa del hambre, esto si que es algo irreversible. Ante este drama, ¿qué hacemos? Hace tiempo que tengo esta preocupación y quería compartirla con vosotros, en este espacio de conciencia humanista para plantearnos, porque no dedicamos un poco a reflexionar sobre que podríamos hacer, desde la sociedad civil, para dar un giro a esta dramática realidad. Mi pregunta o reflexión es en esta noche, ¿qué podemos hacer nosotros, como podríamos conducir las ideas y hacia qué foro u organismo, para lograr hacer algo que no sea tanto la expresión o el consentimiento sino la praxis. ¿Qué podemos hacer prácticamente, para cambiar esta realidad dramática que se refleja por ejemplo, en el libro *Hambre* de Martín Caparrós, que informa de la cifra de los niños que mueren de hambre. El mundo occidental, el Primer Mundo hace muchos proyectos pero no se llega a solucionar. Que podemos hacer para que esto no pase más, no en el 2025 sino ya mañana mismo. (Josep Oriol Jorba)

- Me preguntaba si para poder vivir con incertidumbre y aprender a vivir con ella, hace falta quizás, algún valor sólido, algo donde cogernos. Yo como matemática, encuentro que en esta materia no existe incertidumbre y en cambio en otras disciplinas como la medicina, por ejemplo, encuentro mucha más. (Montserrat Bruguera)

«Para poder responder, me gustaría referirme al tercer punto que he planteado sobre el aferramiento. Creo que justamente una forma de hacer más soportable la incertidumbre es sentir que tenemos a quién coger de la mano, sentir que tenemos a quién amar y que nos ama porque esto nos dará seguridad y confianza y nos permitirá afrontar los retos de la mejor manera posible. Aquí sí que se dan valores firmes, sólidos y de usos no tan líquidos como los que plantea Baumann, que nos permiten afrontar la incertidumbre. Pero afrontarla no es querer eliminarla sino saber convivir con ella y la mejor forma de hacerlo y de incrementar la esperanza es justamente aprender a vivir con ella, cogiendo la mano de quien tienes cerca, sintiendo que amas s y sintiéndote amado.» (S.C.)

«Contestando a la pregunta sobre que podemos hacer y puesto que empezamos el año en que se celebra el V Centenario de Santa Teresa, contestaré con lo que ella pensó en un momento dado sobre que podría hacer: “Lo poquito que es en mí”» (M.V.M.)

«Yo contestaría con el ejemplo del vaso medio lleno o medio vacío. Lo que nos ha explicado, ahora el Sr. Jorba, deja ver, claramente que él, lo ve vacío pero yo le diría que quizás la globalización, en pocos años, ha conseguido que

centenares de millones de personas, hayan pasado de la miseria a la pobreza, que hayan pasado de tener unas rentas de menos de un dólar al día que es la miseria, al estado siguiente de pobreza que es tener entre uno y dos dólares al día de ingresos. Claro, esto parece que no pero es un adelanto muy importante. Lo que quiero decir es que no todo es negativo y que podemos mirar con esperanza, el hecho de que el mundo a pesar de todo, puede progresar.

»Una duda que yo tengo, en cambio, es cuando Jaume Aymar nos ha hablado del conocer la realidad de la esperanza y tengo dudas de que esto sea cierto o al menos que lo sea siempre. Un ejemplo: Si una familia pierde una criatura, ¿qué es mejor, saber la verdad y tener la certeza de que la criatura está muerta o mantener la esperanza y tener la incertidumbre de si puede estar viva.? Por lo tanto no siempre la incertidumbre es en principio negativa, quizás sea mejor mantener una incertidumbre que no una realidad negativa.» (I.F.)

«Pensaba al escuchar esta intervención sobre África, en este carácter colectivo que tiene la esperanza. Por un lado pensaba en uno de los emblemas de los Duques de Borgoña que decían: *«no hace falta la esperanza para emprender»* y efectivamente hay gente con tanta fuerza de voluntad, a la que no les hace falta la esperanza. El ideal sería que esta gente que puede hacer cosas, pudiera contribuir a la esperanza de aquellos que son más débiles y que necesitan más esperanza o fuerza para poder salir adelante. Entonces ese aspecto colectivo que tendríamos que tener para tejer caminos y esperanzas, pienso que sería importante poder realizarlo.

»A pesar de todo creo que en general la situación ha ido mejorando si bien ciertamente estamos como en una carrera contra reloj, pero quizás no estamos peor que antes, considerando que tenemos mil millones más de personas que hace quince años. Creo que está todo algo mejor que entonces.» (D.J.)

- Comenzamos el texto con un párrafo que puede parecer un poco irónico, por lo que dice sobre que se están haciendo muchas cosas y proyectos pero que como el mundo cambia tanto cada día y a unas marchas tan forzadas, no podemos nosotros muchas veces, hacer según qué proyecto para dentro de cinco años, pues la realidad entonces será muy diferente. Hace por ejemplo siete u ocho años hubo una campaña que nos alarmaba sobre el hecho de que se acababa el petróleo y ahora en cambio resulta que nos sobra y se tiene que rebajar de precio. Esta es la ironía sobre las prevenciones y prospecciones que se hacen a lo largo de la vida y es que quizás deberíamos relativizarlas un poco.

He pensado mucho esta noche en una palabra que quizás sonará extraña y que es la palabra humildad; humildad ante la vida, humildad ante la existencia. Alfredo Rubio, que fue quién puso en marcha el Àmbit y su pensamiento del

Realismo Existencial, hablaba siempre de la importancia de estar contento y dichoso por el hecho de existir. Posiblemente, si uno no encuentra este truco de darse cuenta de la suerte que tiene por existir, la vida, se le hará muy difícil la vida. Quizás alguien dirá que si se explica esto a una persona, que, por ejemplo, está en la prisión, no será lo mismo, pero yo pienso que se puede explicar, como decía M. Victoria, con amor.

Otra cuestión sobre la que él siempre insistía era la de la gratitud. La gratitud por existir, la gratitud por estar en este mundo. Este gesto de gratitud, probablemente logre vivir más en paz las incertidumbres, que evidentemente no se pueden evitar en esta vida. (Josep M. Forcada)